



**DISCURSO DE GRADUACIÓN PARA
2º DE BACHILLERATO**

**Palacio de congresos y exposiciones de Calatrava (Oviedo)
IES ARAMO – Curso 2022-2023**

**LLENAR UN VASO NO ES LO MISMO
QUE ENCEDER UN FUEGO**

S. Centeno

Buenas tardes:

Estimados alumnos, padres, profesores, equipo directivo, señoras, señores...

Quisiera comenzar dando pública muestra de gratitud y reconocimiento a todos ustedes. En primer lugar, a los más olvidados, pero no por eso los menos importantes: me refiero *a los padres*. También hablaré de los no menos implicados: *los profesores*. Y, como no, también habré de decir algo a los verdaderos protagonistas de hoy: *los alumnos*.

Queridos padres: los profesores sabemos, quizá porque la mayoría también somos padres, que, este curso, segundo de bachillerato, es un curso muy difícil. También para los padres. ¡Qué preocupaciones, verdad, cada vez que llegan con alguna nota o tienen algún examen! ¿Qué tal hijo, qué tal por el instituto? preguntamos a menudo. ¡Bueno...! ¡Bien...! No es tranquilizadora la respuesta. Pero ninguna respuesta parece tranquilizadora. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: *porque los queremos...* ¡Cuánto queremos a nuestros hijos, verdad! Ahora bien, eso es fácil, lo difícil es querer a los hijos de los demás. Sin embargo, eso está dentro de nuestro oficio, del oficio de profesor. No hemos de olvidarlo.

Amor y pedagogía, decía Unamuno. Claro que, a decir verdad, a pesar de Unamuno, entiendo que eso no basta. Yo añadiría también, y, sobre todo: conocimientos.

Vayan, entonces, estas palabras en reconocimiento a la labor de los padres. Del difícil e incansable oficio de ser padre, que, en el fondo, es un oficio parecido al nuestro: educar y enseñar, pero sin dejar de dar muestras de cariño respeto y consideración por nuestros hijos.

Y ¿qué puedo decir a los profesores? Ciertamente la mayoría de mis compañeros son tan veteranos como yo, luego: ¿qué tendría yo que enseñarles?

Yo diría que nada. Sin embargo, a día de hoy, juego con cierta ventaja. La ventaja es que me voy. Eso indudablemente me hace más libre. Pero me voy, no sin cierta pena, porque me voy forzado sobre todo por la situación: la salud ya no es la que era, ni las leyes educativas son tampoco lo que eran, *ni lo que deberían ser*. Ahora bien, cuando echo la vista atrás, no veo con claridad la labor que he desarrollado. Porque la labor final del docente nunca se deja ver bien. Como diría Platón, “*sólo se puede ver con los ojos del alma*”. Nunca terminamos de ver el resultado de lo enseñado. Además, existe el peligro de que lo que construimos nosotros en una hora, lo destruya la televisión y las pantallas en dos minutos. Jugamos con desventaja.

Pero a los profesores que quedáis, os queda ciertamente una labor ingrata, tendréis que lidiar con la nueva ley educativa. O deseducativa, no lo sé. Porque, a mi modo de ver, es una ley desviada o extraviada. Sobre todo, porque se han descentrado los contenidos, es decir, *los conocimientos*. Parece que han perdido toda su importancia. Por eso es una ley meramente *pedagoga*, *psicologista*, *emotivista* y sobre todo meramente *programática*. Se olvida, como las anteriores, de cómo llevarla al aula y, peor aún, de formar y necesariamente transformar a los profesores, a los que, por cierto, se les ha anulado ya la libertad de cátedra. Porque tampoco se prestigia en ellos el conocimiento, no hace falta más que echar un vistazo a las nuevas oposiciones. Insisto: yo sólo veo mero pedagogismo. ¿Pero acaso nos hemos olvidado de que el *pe-da-go-go* era un esclavo? El niño (*παιδός*) era conducido (*ἄγω*) a la escuela por ese esclavo (*paidós + ago = peda-gogía*). Yo diría a mis compañeros, ellos no se atreverían, no son tan libres para decirlo como yo hoy, que no sean pedagogos en sentido etimológico, que no sean meros esclavos de estas leyes pedagogistas que nos vienen impuestas y las sufrimos como si de esclavos burócratas y conductores o cuidadores de niños se tratase. Por el contrario,

espero que sean verdaderos maestros, διδάσκαλοι, es decir que se preocupen de adquirir verdaderos conocimientos y conocimientos verdaderos en sus respectivas disciplinas y para sus discípulos y, sólo después vendrá una *didáctica* apropiada a la materia que enseñan.

Ya el pasado siglo Unamuno se había dado cuenta perfectamente de los peligros del pedagogismo cuando, dirigiéndose a su amigo Rodolfo Llopis, le dice: “Solo me queda rogarle que pida a los maestros de esa II Convención que se anden con mucho tiento con eso de la *experimentación pedagógica*, ... y que no importa tanto cómo se ha de enseñar como *qué es lo que ha de enseñar, que del qué ya saldrá el cómo*. Adviértales los peligros de ese experimentalismo pedagógico norteamericano, que *quita toda el alma a la Enseñanza, que es ante todo arte, y arte poética*”¹.

Algo similar dice Platón. Y lo dice ya en el siglo V a. C. Consideraba, aunque de manera problemática, que la virtud es enseñable y, por tanto, tiene contenido. Lo dice en su obra el *Protágoras*, una obra que, yo diría, no han leído los nuevos pedagogos, en una famosa frase que no me resisto a leer en griego. De algún modo he de mostrar y demostrar que las humanidades nos siguen enseñando. Y dice así: “Τρέφεται δε, ὦ Σώκρατες, ψυχή τίνι; Μαθήμασιν δήπου, ἢν δ' ἐγώ”; *¿De qué se alimenta el alma, Sócrates? De las enseñanzas, dije yo*”. He aquí la clave de lo que quiero reivindicar: una enseñanza de conocimientos: no de actitudes o de valores huecos. Platón dice exactamente “μαθήμασιν”, es decir, se refiere a la enseñanza “de las *ciencias*”, o lo que es lo mismo, “de *conocimientos objetivos*”. Ahí, pues, reside la virtud, en el conocimiento de lo que hoy llamaríamos, sin distinción: *ciencias y filosofía*. Sobre todo, porque no puede haber ciencias sin filosofía, ni filosofía sin ciencias. Eso sería, según Platón, en lo que consistiría una verdadera enseñanza y una enseñanza

¹. - Carta fechada en Hendaya el 14/01/1930 al Sr. D. Rodolfo Llopis. En, Unamuno, M.; *Cartas del destierro*, Ed. C. y J-C. Rabaté, Salamanca, 2012, p. 320-321.

verdadera. Una enseñanza, entiendo yo, que no sólo forme al alumno. No, la enseñanza, al menos la enseñanza integral, lo que hoy es o debería ser la enseñanza media, no sólo debe formar, debe también transformar. Algo que ya había contemplado Demócrito hace veintiséis siglos: “*la enseñanza nos transforma –dijo– y al transformarnos produce nuestra propia naturaleza*”. Pues de eso se trata.

Y ahora, por fin, qué decir a mis alumnos, a mis últimos y mejores alumnos. Sobre todo, a los del 2.3 y el 2.4. Lo que siempre os digo: “que sois geniales” y que no os olvidéis que la principal virtud es la *fortaleza del alma*: la *firmeza* para con uno mismo y la *generosidad* para con los demás. Eso os hará personas íntegras. Lo demás viene por añadidura.

Queridos alumnos, espero que este *Instituto* del que os vais, y que recordaréis con añoranza nada más salir por esa puerta, os haya formado bien e incluso os haya transformado. Ese ha sido, sin duda, nuestro objetivo.

Pero hoy corren malos tiempos para la educación integral como la que preconizaba Platón al que tanto habéis estudiado. Porque la enseñanza ha de ser crítica y filosófica o, si no, no puede ser llamada tal. La intención es encender el fuego del conocimiento que cada uno, por sí mismo, ha de alimentar constantemente, durante el resto de su vida. Y para eso son necesarias también las ciencias. Sobre todo, las ciencias, no las creencias tranquilizadoras, ni las retóricas persuasivas, ideológicas y anestésicas. Reivindicar la filosofía siempre, y con ella las humanidades, no es ir contra las ciencias. No hay, o al menos no debe haber, dos culturas enfrentadas: letras-ciencias. Porque las ciencias no pueden justificarse científicamente. Es decir, las ciencias no hacen ciencia cuando hablan de sí mismas, hacen filosofía, aunque no quieran. Es contradictorio decir que la filosofía es un saber innecesario: decir eso es hacer ya filosofía. Por eso, justamente, no podemos dejar de hacer filosofía. Porque de ser así educaremos ciudadanos expertos, sí, pero ingenuos y manipulables,

inconscientes de la propia fundamentación de lo que conocen e incluso de sus propias vidas. La enseñanza, lo mismo que la propia filosofía, debe ser un arma crítica contra mitos oscurantistas e ideologías, propios de este tiempo en donde los individuos quedan perdidos como pecios flotantes en sociedades líquidas.

Que no teman los padres por sus hijos. *Estos siempre salen adelante*. Y lo logran incluso a pesar de nosotros, de nuestras preocupaciones, de nuestras expectativas o incluso de nuestras exigencias. Ellos, ciertamente, tienen sus propios proyectos y tarde o temprano terminamos admitiéndolos como nuestros y por eso siempre y para siempre nos tendrán preocupados.

Habéis recorrido un camino que evidentemente merece reconocimiento, y en eso estamos. Es un tópico decir que habéis acabado una etapa de vuestra vida. ¿Importante...? Sí, sin duda. Es cierto que desde nuestra madurez a menudo se ve la adolescencia con cierto desdén, desconsideración e incluso displicencia. Pero cometemos un error al verla así. Porque sin duda es una de las etapas más límpidas y moralmente encomiables. Y más aún vosotros, los alumnos del Aramo, que os veo especialmente francos, espontáneos y, sobre todo, nobles. Al menos siempre lo habéis sido conmigo.

No obstante, siempre me asalta la duda de que cuánto os hemos podido enseñar. Y eso me lleva siempre a los *Moralia* de Plutarco, un filósofo del siglo I que ya nadie lee, por supuesto, pero que, sin embargo, dice algo que a mí me parece que sigue siendo de interés: que *educar a los hombres no es como llenar un vaso, es como encender un fuego* [...] ². Esta es, pues, según entiendo yo, una de las claves que tiene este difícil oficio de educar. ¿Lo habremos logrado? ¿Habrá prendido ese fuego en vosotros? No lo sé, eso sólo se puede saber a posteriori y quizá a largo plazo. Pero mis compañeros estarán de acuerdo conmigo en que nuestra intención es que salgáis de aquí no sólo con el vaso más

² .- PLUTARCO.- "Sobre cómo se debe escuchar". En: *Obras morales y de costumbres. Moralia I*, Madrid, Gredos, 1992, p. 193.

o menos lleno, sino con la curiosidad y el deseo de seguir queriendo saber. Llenar el vaso es relativamente fácil, en eso consiste el adoctrinamiento, pero educar la voluntad... *¿Cómo educar la voluntad de querer...?* ¡La voluntad, sobre todo, *de querer saber!* Eso, tenedlo por seguro, es francamente difícil. Pero, en el fondo, es a lo que nos dedicamos en filosofía. Mis alumnos lo recordarán: la *filo-sofía* es sobre todo un *querer-saber*. Pues que este querer-saber no os falte nunca, que nunca dejéis de ser filó-sofos a vuestra manera, porque ese día se os habrá apagado el fuego que aquí os hemos encendido.

Tampoco olvidéis que el querer-saber no debe quedarse en el propio saber teórico. Pues, aunque *no hay nada más práctico que una buena teoría*, el saber ha de ser un saber hacer y un querer hacer más y mejor que otros. Que no os falte, pues, la voluntad de hacer. Parafraseando al viejo Cervantes se podría recordar aquí aquello de que *“no es un hombre más que otro si no hace más que otro”*.

Por todo eso, en nombre de mis compañeros sólo me queda por deciros una cosa importante: que os apreciamos y que os deseamos un futuro exitoso, tanto en el terreno personal como académico, en definitiva, que os deseamos lo mejor y que estamos seguros, yo al menos lo estoy, de que lo conseguiréis.

Muchas gracias.

Centeno.